

## Volver a mirar

¿Quién dijo que no resultaban difíciles los cambios? Que muchas somos personas con alta capacidad de adaptación ante nuevos retos, ya sean laborales o personales. Pero quizá se nos olvida que esa capacidad para adaptarnos, sin trauma alguno, es cuando la elección la tomas tú, sin ningún tipo de exigencia vital o hecho dramático que nos lleve abocados al cambio.

Cuando mi vida giró 180°, volviendo mi cabeza y mi corazón del revés, el mundo se puso de acuerdo en tratar de explicarme lo que yo ya sabía, que era un momento duro, que tendría que afanarme por soportar la realidad que ahora me rodeaba, intentando encontrar una motivación, ganas de seguir viviendo; todo ello, postrada en una cama. Más de un año desde el accidente y no encontraba salida, no había luz (las dos lamparitas que tenía se habían apagado), ellas eran mi motivación... pero sí, sí tenía ganas de seguir viviendo, aunque aún no sabía para qué y ni si tenía derecho a hacerlo.

Tan solo un puñado de meses antes, la vida era tan distinta que parecía que fuera la de otra persona; el trabajo en el Banco colmaba mis satisfacciones económicas y laborales, y a mis 44 años tenía un marido que me decía que yo era todo para él y un hijo que, desde luego, era todo para los dos.

Las rutinas que compartíamos estaban siempre envueltas en risas, en besos a escondidas al amanecer entre sábanas arrugadas, un poco antes de que sonara el despertador y un niño de 3 años despertara y exigiera ser, un día más, el protagonista de nuestra pequeña vida familiar. Después, todo eran prisas, desayunos dejados a medias, un "lo llevas tú. No, hoy yo no puedo", ropas y maquillajes terminados en el coche camino al trabajo. La felicidad al uso, tan poco valorada.

"Cariño, ¿lo llevas tú hoy?".- me dice con esa sonrisa picarona de quien está seguro de que voy a decir que sí. "Siempre te digo que sí", pienso.

Despierto sobresaltada en mi habitación de la infancia, vuelta al hogar, a muchos kilómetros de donde, en sueños, pasé la noche. Hoy todo aquello resuena como un eco en el fondo de mi cabeza, imágenes se entrecruzan de forma rápida; vivir de rentas, lo llamo. De recuerdos que me dejan satisfecha durante segundos, antes de que un dolor lacerante me cruce el pecho al saber que jamás las voy a poder revivir, y mucho peor, que ellos jamás lo podrán revivir.

"Cariño, ¿estás despierta? Me ha parecido oírte. Te traigo ya el café".- suena una dulce voz desde el otro lado de la puerta.

Mi madre, mi soporte vital. A la que un arañazo en mi rodilla de niña le arañaba el alma, y que hoy, sabiendo como sé que está rota por dentro jamás me ha demostrado debilidad alguna. Lo que en ocasiones lo confundía con insensibilidad, hoy sé que es fortaleza, un muro de contención para que todo no se derrumbe todavía más.

"Pasa mamá". - le respondo.

Mi madre entra en la habitación con su sonrisa habitual. Abridada con su bata rosa de estar por casa de siempre pero arremangada por llevar horas haciendo labores domésticas y medio abierta por el cuello, con el frío que hace hoy en Teruel. Pero ella es una mujer fuerte, hecha al tiempo o quizá el tiempo se hizo a ella, siempre me lo pregunté de pequeña cuando la veía prácticamente de manga corta en pleno invierno en los fuegos, cocinando o tendiendo ropa.

"Me voy a incorporar un poco, mamá".- le susurro.

Una sonrisa de mi madre, como quien consigue un pequeño éxito, acompaña a su cabeza mientras asiente y se agacha para ayudar a incorporarme en la cama. Las tostadas vienen como ella sabe que me gustan, un poquito de aceite de oliva y un café con leche, cortito de café.

"He pensado, mamá...".- digo.

"Dime, hija".- responde ansiosa.

"He pensado que podríamos traernos el sillón del abuelo a la habitación y colocarlo al lado del ventanal".- digo, señalando el lugar exacto. "Como dice el doctor, ya hace tiempo que he empezado la rehabilitación y tengo que dar pequeños paseos, quizá si voy hasta el sillón y luego descanso un rato..."

La citada sonrisa del éxito aumenta tres pulgadas.

"Me parece una idea fantástica, hija. En volver tu padre de la compra lo traeremos entre los dos y hoy mismo empezas."

"¿Hoy hay mercado?".- pregunto extrañada.

"Sí, es sábado, pero hace un tiempo que lo cambiaron del viernes al sábado, y así mejor, que jueves y viernes juntos era tontería..."- comienza a explicarme, pero mi mente vuelve a desplazarse a otros sábados por la mañana, cuando íbamos al supermercado a hacer la compra de la semana y caminábamos por los pasillos levantando a Hugo de las manos columpiándolo en alto, sus risas llenaban medio centro comercial.

"Pensé que ya te lo había contado"- su voz resuena y me trae al momento actual.

"Sí, perdona, es posible que lo hubiera olvidado, pero algo me suena"- le contesto. Ambas miramos hacia la puerta de la habitación porque se oye entrar a mi padre, jovial, como siempre fue, haciéndonos saber a voces que ya está en la casa.

"José, que mira lo que me dice la chiquilla"- mi madre sale de la habitación presurosa, como con el miedo de que cambie de opinión. La chiquilla... 44 para 45 años y siempre seré la chiquilla. Es lo que tiene ser hija única, por eso me decían que tenía que darle un hermanito a Hugo, a Hugo...

"Ah, ¡pues dicho y hecho!"- oigo exclamar a mi padre. "Está sin usar desde hace tiempo y muerto de asco, me parece una gran idea. Haz hueco que voy".

A la hora, ya me encontraba sentada en el sillón de mi abuelo, un enorme sillón orejero del que ninguno sabemos la antigüedad, pero en perfecto estado, mullido y calentito gracias a la manta que mi madre ha colocado debajo y otra encima de mí, vaya a ser que coja frío. Benditas seáis.

Estoy sola en la habitación, con las cortinas descorridas, y miro hacia el exterior. El cielo no tiene ni una nube y no corre viento. Hace frío, es enero, es lo que toca. Pero Teruel siempre fue así. Una ciudad de clima seco, como sus gentes, ásperas y fuertes, pero generosas y hospitalarias. Miro hacia abajo y por primera vez, desde hace tiempo, me limito a observar sin pensar en nada.

La casa de mis padres viene de herencia de mi abuelo, siempre he vivido allí hasta que me trasladé a Alicante. Es una casa de estilo modernista, con techos altos, vieja pero elegante; no, vieja no..., antigua, con ese toque de decadencia y gusto que tanto agrada a los turistas y amamos los turolenses. Miro hacia abajo y veo a la gente transitar por la plaza del Torico. Reconozco caras, otras son de turistas y las más de vecinos a los que perdí la pista y soy incapaz de acabar de reconocer en la actualidad. Hace ventitantos años que marché, y las visitas siempre fueron muy cortas y espaciadas, prefería que

vinieran ellos y disfrutaran de la playa; que tonta fui, si sé que nunca les gustó, siempre supe que lo hacían por mí, y después por Hugo.

Continuo mirando, en frente el kiosko de los soportales de la plaza continua en su sitio, qué merito tiene con el frío que hace, pienso, pero su propietaria, mírala, siempre con su sonrisa. Intento hacer memoria, y la fotografía de antes no es exacta a la actual; sí en lo importante, pero no en el detalle. Tiendas que se encuentran en mi recuerdo ya no están, y han dado paso a diferentes sucursales bancarias y otro tipo de comercio.

"Mira, la gran tienda de ropa sigue ahí en su chaflán... incombustible a los años. Tengo que bajar a comprarme unos vaqueros, en cuanto me quiten los clavos dichosos..." - creo que lo he dicho en voz baja, sí, ya hablo para mí sola.

Es sábado por la mañana y las terrazas están llenas de gente tomando algo: su biter, su caña, su platito de papas bravas. Todo ello me retrotrae a la adolescencia, a cuando aún formaba parte activa de la ciudad y hacía lo mismo con mi grupo de amigos.

Me doy cuenta que estoy en un primer piso y que, a poco que miren, me van a ver. Luego me digo... ¿y qué? por vez primera en mucho tiempo me encuentro a gusto. Una mujer empuja un carrito de bebé mientras su otro niño, de unos 5 años, juega con un patinete; se deja caer desde el Torico, en la pequeña pendiente que lleva a la entrada de la tienda de ropa. "Este niño acaba dentro del local hoy..." sonrío. ¿Sonrío?

Alguien mira hacia arriba y levanta la mano para saludarme. Tras mi sorpresa (¿es a mí?) respondo tímidamente al saludo sin tener ni idea de quién es. Hace el gesto de que luego me llamará por teléfono y asiento con la cabeza. Bueno, así me enteraré de quién es. Continúa su camino despidiéndose de nuevo con un nuevo gesto. Educado es (sonrío de nuevo). Continuo observando y viene a mi memoria ese momento voyeur de la película de Hitchcock, salvo que yo tengo poco de James Stewart, y mucho menos de Grace Kelly. Aquí iría un emoticono de sonrisa, de esos que me mandaba con David en los muchos mensajes de whatsapps a lo largo del día. Sacudo la cabeza a modo de "despeja la cabeza"...

El niño se ha caído del patinete y no puedo evitar asustarme mirando si le ha pasado algo al crío. "¡Si es que te digo que no juegues tan a lo bruto!" le grita la madre mientras lo besa y regaña a la vez; la coherencia materna. A su lado, sentados en un banco, un grupo de adolescentes comiendo pipas se ríen de lo ocurrido, con la tontería esa que tan solo se cura con la edad.

El trasiego de grupos de hombres y mujeres con bolsas del mercado y de diferentes compras es continuo. De repente me da cierta envidia no poder estar ahí abajo con algún grupito de estos, echar el cafelito de la mañana y hacer la ruta de las tiendas del barrio de toda la vida, el vermú de antes de comer... Aquí en la plaza parece que se haya parado el tiempo, hay ambiente, vida, pero no hay prisas, no hay coches. Miro hacia los balcones, casi todos cerrados por el frío, pero en alguno de ellos sí se ve a alguien. Me quedo mirando hacia uno en concreto, donde un señor fuma tranquilamente su cigarrillo apoyado sobre la barandilla. Debo de haber sido tan poco discreta que el hombre gira su mirada hacia mí. Me sonrío. Será de la edad de mi padre, estoy segura de que lo conoce, y por extensión me conoce a mí y, cómo no, mi historia. Le devuelvo la sonrisa.

Es curioso, sin hablar, sin que te hablen, no me siento sola sino tremendamente acompañada; qué razón tiene quien dice que puedes sentirte sola en una gran ciudad rodeada de gente o, por lo contrario, muy arropada en una pequeña ciudad con el simple gesto de cariño de un vecino, que de sobra conoce tu situación, empatiza y traslada su afecto de balcón a balcón con el simple gesto de una sonrisa consoladora. El relato del "Vocabulario de los Balcones" de Almudena Grandes me viene a la mente... miro hacia los estantes de la habitación donde debe estar el libro sin haberse abierto hace años; tengo que bajar a esa pequeña librería de Ramón y Cajal y volver a leer novelas, ¿cuánto hace que no leo una? Buena idea.

Noto que desvarío, pero que mi cabeza no tenía tantas ideas juntas, emociones, sensaciones, desde hace tiempo. Una lágrima me cae por la mejilla, dejando paso a otras muchas; mi psicóloga diría que ya era hora, que hay que pasar el duelo, que si no, se enquistará y no avanzamos. Desconozco en qué dirección voy a avanzar; miro al cielo, no soy gran creyente pero siento que siempre seré observada desde una ventana mayor que la mía, y eso me reconforta de alguna manera, pese a la herida abierta que para siempre me acompañará.

Suena el teléfono de la casa, siento un sobresalto que me saca de mi ensoñación. Mi madre abre la puerta y me dice:

"Olivia, es para ti. Es Jorge, ¿te acuerdas? ibais juntos al instituto y dice que te ha saludado antes desde abajo, que si te puede saludar y charlar un rato..."

Miro hacia arriba, a través de mi ventana, y estiro el brazo para coger el teléfono.